



Casa habitada

Francisco Segovia

Esta mañana no te ha despertado
la alegre algarabía de los pájaros
—que siempre están dejando en bola el barrio,
yéndose de vacaciones a la playa—;
esta mañana te has quedado
en las nubes de tus sueños, en un ala delta,
entre las sábanas...

Y yo estoy sentado al borde de la cama
oyendo cómo a ti te sopla suave y en silencio el viento
que a mí me ha desvelado
—a medias dichoso y a medias desdichado.

¿Cómo me verás cuando despiertes?
Tú despierta a tu frescura y yo
acunado seriamente en mis ojeras
queriendo para mí entre dientes
que no te despiertes, que me dejes
tratar una vez más, una última vez,
que me dejes tratar de quedarme
dormido junto a ti.



Si alguien viniera a retratar la casa,
tú y yo no saldríamos en la foto. Tú,
porque quién sabe dónde andarás; yo,
porque estoy afuera, buscándote.
¿No me oyes pasar entre las frondas?



Ah, los viajes por los campos —¿no te acuerdas?—,
por las orillas del mar en bicicleta, por el aire
del estío y su denso zumbido azulado...

Quedan todavía contra el muro
las bicimotos, también exhaustas...

Quizá mañana...



El silencio recorre los pasillos
 y se remansa en las habitaciones
 —¿Eres tú? ¿Eres tú? ¡Acércate!—.
 Un aire de otro invierno despelleja muros,
 veleidades y promesas... A cada cosa le deja
 entre las manos el gélido desierto
 que cada cosa es...



La casa sigue puesta y firme.
 Pero ya no para nosotros, sin raíces.
 ¿O no adivinas en las manchas de los muros
 la hiedra viva que antes fuimos?
 De sus meandros verdes sólo quedan
 esas vetas negras, esos pozos de humedad
 donde bebieron —y eran nítidas— las flores
 del papel tapiz.

Escúchame —¿por qué no me oyes?—:
 la casa y sus cosas aún están ahí:
 la mesa puesta y la maleta lista para el viaje.
 Somos tú y yo quienes ya no saben
 mirar su solidez. Tú y yo...: una figura borrosa
 tras el paño del tiempo, una vaga nostalgia
 que va disolviendo el ocaso —¿lo ves?
 ¿por qué no me miras?—, un silencio que se empoza
 en el frío socavón de nuestra sala
 ahora que el sol se ha puesto.



Nadie —sino acaso tú— ve la luz
con que leo en la butaca.
Y nadie va a tener ojos —sino tú—
para el desenlace de la escena
que está ocurriendo a todas luces
en el pabellón de ese marco vacío...

Ven. Nadie nos mirará.
Hace días que tengo hecha la cama.



Lo que desolló el estuco y despintó los cuadros no fue el tiempo.
Lo que aún cala en las rendijas y carcome la argamasa
no es tampoco tiempo. Los siglos no han pasado
nunca por aquí: se estancan y contemplan en su estanque
sus raíces descuajadas, la seña inútil que levantan
contra el cielo, ese reflejo
donde a las claras ven que no son
sino naturaleza y tierra alzada
sobre su propia espalda: tiempo
que no tiene tiempo de huir de sí mismo
y dejar su cauda de figuras fantasmales,
abstractas y delgadas como un rostro en el espejo
y la vida cotidiana: tiempo que se queda
materialmente entero en su raíz volteada
mirando hacia el vacío
como se queda un muerto.